

## La nueva economía no ha muerto

La intensa desaceleración en la que se ha visto inmersa la economía estadounidense a partir del tercer trimestre del año 2000 y su estrecha asociación a esa no menos singular corrección de sus mercados bursátiles, constituye para algunos analistas el final de la quimera articulada en torno a la "nueva economía". Tras ese sueño alimentado por una década verdaderamente prodigiosa en aquella economía, habría llegado el momento de desmontar las implicaciones que se anticiparon como derivadas de ese proceso de intensificación del progreso técnico, determinante de avances espectaculares en la generación de una eficiencia sin precedentes en numerosas actividades empresariales. El momento actual, la sucesión de indicadores económicos, nos devuelve a una realidad que vuelve a ser la de la economía de toda la vida.

Advierto al lector que se acerque a esta serie de artículos que no pertenezco a ese grupo de desengañados, por dos razones. En primer lugar, porque nunca asumí que lo que estaba ocurriendo en la economía estadounidense durante la segunda mitad de los noventa supusiera una transformación de los principios o leyes económicas básicas, o el completo dominio sobre esa suerte de recurrentes maldiciones que son los ciclos económicos. Sin menoscabo de ese escepticismo acerca de las premoniciones de los colegas más optimistas, - aquí está la segunda razón - creo que la aceleración del progreso técnico asociado a la extensión de las tecnologías de la información y de las telecomunicaciones dispone de un impacto suficientemente profundo en la actividad económica, en la actividad empresarial de forma más específica, que justifica esa denominación de "nueva economía" o cualquier otra que denote la existencia de posibilidades nuevas de generar ganancias de eficiencia muy superiores a las hasta ahora conocidas. Que se haya desinflado parcial o totalmente la burbuja



bursátil, nutrida por las acciones de las empresas más directamente protagonistas de esa oleada de innovación, no es equivalente a que esas tecnologías hayan dejado de disponer de la funcionalidad empresarial que las convirtió en ese excepcional acelerador de la productividad estadounidense y pueden hacer lo propio en otras economías.

La convergencia en esa segunda mitad del siglo veinte de la dinámica de integración económica internacional con la manifestación de numerosas aplicaciones empresariales derivadas de las nuevas tecnologías de la información ( desde las ligadas al comercio hasta las que inciden en las formas de organización) constituye el fundamento de esa discontinuidad en la actividad económica. La transición a un entorno de

mayor competencia nacional e internacional en las principales economías, la creciente unificación del espacio financiero y la más flexible movilización del ahorro, la reestructuración de numerosos sectores industriales, son algunas de las consecuencias de la primera de esas direcciones, explícitas desde hace años. La explosión tecnológica, por su parte, empieza a poner de manifiesto algunas de sus implicaciones más recientemente, cuando al crecimiento en la capacidad de computación, de la digitalización de la información, y la versatilidad





de sus aplicaciones se añade la explosión de la conectividad derivada de la generalización de Internet. Ambas determinan esas transformaciones empresariales, muchas de ellas todavía en curso, tendentes a la obtención de nuevas ventajas competitivas, a la explotación de las nuevas posibilidades de comercio, a la reducción de costes de coordinación, de procesamiento de información, generadoras de una mayor eficiencia global. Innovaciones organizativas (en los procesos de aprovisionamiento, producción, distribución, comercialización, en la organización del trabajo, etc.) que con independencia de su más o menos fiel, y más o menos tardío, reflejo en los indicadores macroeconómicos constituyen el fundamento de esa nueva economía.

Sin ellas, es difícil explicar el excepcional comportamiento de la economía estadounidense en los últimos cinco años, el salto en el crecimiento de

## **El momento actual, la sucesión de indicadores económicos, nos devuelve a una realidad que vuelve a ser la de la economía de toda la vida.**

emergencia de nuevas constelaciones de empresas y a la reinención de los existentes. Modificaciones todas ellas responsables de una nueva ecología empresarial sobre la que se sustentan los más importantes cambios que justifican hablar de nueva economía. Los ciclos, como estamos viendo, siguen existiendo, y con ellos las purgas a los excesos bursátiles y una intensa selección darwinista de los actores relevantes en esa nueva escena que, lejos de diluirse, reforzará y hará irreversibles esas transformaciones en la actividad empresarial con las que entramos en el nuevo siglo. De ellas nos ocuparemos en los siguientes artículos.

la productividad desde ese poco más del 1% de promedio entre 1972-95, a ese 2.6% registrado desde 1995. Pero lo más importante no está en los indicadores macroeconómicos, sino en las alteraciones en los procesos de decisión empresarial, en los nuevos incentivos a la

*Emilio Ontiveros es licenciado y doctor en Ciencias Económicas, catedrático de Economía de la Empresa en la Universidad Autónoma de Madrid y director del Anuario de Economía y Finanzas de "El País".*